

los mas intrépidos y ardorosos para estender y consolidar sus conquistas. En efecto, una multitud de discípulos, atraídos por la santidad de Antonio y por la fama de sus milagros, le salieron al encuentro y le pidieron vivir bajo su vigilancia: aprovecharonse bien pronto de sus sábias lecciones y se transformaron en hombres nuevos, casi celestiales. El mismo San Atanasio no pudo ver á esos hombres sin edificarse. "Sus monasterios, dice, son como otros tantos templos, donde se pasa la vida cantando salmos, leyendo y orando, ayunando y velando; donde toda la esperanza se funda en el porvenir, y donde un lazo admirable de caridad estrecha á todos. Allí se trabaja no tanto para proveer al propio sustento como al de los pobres. Aquel sitio es como una vasta region, enteramente separada del mundo, donde sus felices moradores no tienen otro cuidado que el ejercitarse en la justicia y la piedad." Esa vida tan pura, esas virtudes tan esclarecidas, la abundancia de las limosnas que prodigaban los solitarios, pues que segun cuenta San Agustin, se cargaban embarcaciones enteras con lo que se destinaba á los necesitados, les conciliaron el amor, el respeto y la veneracion de los pueblos. Viéronse á las testas coronadas inclinarse ante la humildad de aquellos hombres; y escribiendo Constantino á San Antonio no dudó el llamarle *padre*.

La vida cenobítica estaba instituida, y recibia de la experiencia una gloriosa sancion. Bajo la direccion de los Hilariones, Pacionios, Macarios y otros ilustres padres del desierto se propagaba rápidamente; y alrededor de esos hombres acudian millares de aspirantes al reino de los cielos, quienes renunciando generosamente las pasajeras alegrías, se entregaban á las prácticas severas de la penitencia y de la mortificación.

La fuerza sensual quedó vencida; y el hombre, por la gracia que descendia del Calvario, habia adquirido la energía bastante para resistir á las inclinaciones corrompidas de su naturaleza: la tierra habia encontrado el secreto de crear santos,

que si posible fuera, el mismo cielo le envidiara; y con esto la cruz podia entonar el himno de su triunfo.

CAPITULO XXIV.

Luchas de la Cruz contra la fuerza de inercia.

Pero he aquí, que otra fuerza sin atacar directamente á la cruz, se opone como un muro á sus santas empresas. Tal era la fuerza de inercia, que llamársele puede con razon, la ciudadela del antiguo mundo. Ciudadela construida sobre una elevada roca, defendida con gruesas murallas y flanqueada con torres colosales, y que presentaba á los asaltantes una masa inerte, es verdad, pero que por su misma inercia inutilizaba los golpes y los esfuerzos, aun los mas poderosos. En la naturaleza material, la inercia es la negacion de la fuerza, ó mejor dicho, solo es una fuerza pasiva; y por esto, mientras es mayor, la fuerza activa tiene mayor dificultad de vencerla. A medida que las tinieblas son mas espesas, necesitan de una luz mas viva para disiparse, y á medida que el frío consolida las nieves, se necesita de mas calor para liquidarlas: del mismo modo un cuerpo que no es movable por su naturaleza necesita de mas poder para ponerse en movimiento. De esta suerte, tambien en el mundo moral existe esa fuerza de inercia, con el mismo carácter impassible y resistente que inutiliza todos los esfuerzos y desconcierta todas las tentativas. Los personajes del teatro griego decian frecuentemente á los interlocutores importunos: "*Vano es vuestro trabajo para persuadirnos, si no queremos que nos persuadais.*" Y los poetas caracterizaban el fenómeno de la fuerza de inercia, que nosotros hemos juzgado, con esta antigua sentencia: "*No hay peor sordo que el no quiere oír.*"

En una de las sencillas, pero al mismo tiempo profundas parábolas del Evangelio, la del sembrador, ha explicado Jesucristo esa disposición del género humano. "La semilla, dice el Salvador al esclarecer la parábola, es la palabra de Dios: la que cae á los lados del camino, representa á aquellos que escuchando la palabra, viene en seguida el diablo y la arranca de sus corazones por temor de que sean salvos. La que cae sobre el terreno pedregoso, representa á los que oyendo la palabra de Dios, la reciben con alegría; pero no echando raíces, crece por corto tiempo, y cuando viene la tentación sucumben. La que cae entre las espinas figura á los que oyen la palabra, pero que al punto la sofocan por los afanes, riquezas y placeres de la vida por lo que no llevan ningun fruto."¹

Como se advierte en esa explicación, la fuerza de inercia obra bajo esas tres diferentes manifestaciones, que son la pertinacia, la indiferencia y la cobardía. Del conflicto y de la incertidumbre acerca de las doctrinas que producen la fé, resulta la indiferencia; del orgullo y de la ignorancia, y de los hábitos del fanatismo nace la pertinacia, y del egoismo y de la debilidad procede la cobardía del corazón. Pero en ninguna época las causas de la inercia moral fueron tan poderosas como en tiempo de los apóstoles, cuando anunciaban al mundo la doctrina de Jesucristo. En la Judea el endurecimiento de los corazones habia llegado al extremo de haber merecido este reproche terrible de Jesucristo. "Este pueblo ha endurecido su corazón y ha cerrado sus oídos y tapado sus ojos, á fin de no ver con ellos, ni oír con los oídos, ni comprender con el corazón, por miedo de que, convirtiéndose, no alcance la salud."² ¿Y si á tal grado de inercia habia llegado el pueblo escogido por Dios, cuál debería ser el estado de las demás naciones idólatras? Supersticiosas é ignorantes, embrutecidas por el vicio y la esclavitud, y privadas de la

1 San Lucas, cap. 8.

2 San Mateo, cap. 13.

enseñanza moral, las naciones paganas estaban muy apegadas á sus antiguas costumbres, que inmorales y absurdas, no habrían podido tocar impunemente los hombres ilustrados por el estudio; y más, cuando los filósofos, abusando del sofisma, habian emitido tan locas, tan contradictorias y tan absurdas máximas, que todo lo que parecia tener el carácter filosófico, estaba herido, no solo del descrédito, sino del ridículo; á tal extremo, que las nuevas doctrinas, lejos de cautivar á los espíritus graves, no servian sino de pasatiempo á los frívolos: finalmente, la generalidad de los hombres dedicados á los negocios de la vida pública ó privada y poco acostumbrados á volver su atención al estudio de los deberes mas sublimes, los hombres entregados á los placeres y habituados á seguir los caprichos de sus pasiones desordenadas, no estaban, por cierto, bien preparados para oír el lenguaje severo de la cruz y para someter su conducta á sus preceptos. Para formarse una idea de la resistencia de esa fuerza de inercia, no se necesita mas que considerar lo que pasa ante nuestros ojos. Despues de diez y ocho siglos de desgracias y de un castigo inaudito, los judíos aun no abren sus ojos y oídos á la verdad. Durante siete siglos, y á pesar de la dominación de la cruz, el paganismo se hizo sentir en Europa, y su espíritu está vivo aún, en las artes, en la filosofía, en la política y en las costumbres; y en el Oriente no se ha rendido sino en parte, á los constantes esfuerzos de nuestros intrépidos misioneros. ¿Cómo los apóstoles pudieron crearse un auditorio? ¿Cómo pudieron hacerse oír y obedecer? Los romanos, en el apogeo de su grandeza y dueños del mundo, jamas osaron imponer á los pueblos que conquistaron sus usos y su religion. A los galos les dejaron sus robles, á los sirios sus piedras, á los egipcios sus cocodrilos y sus cebollas. La razon de esto es porque sabian es mas fácil triunfar de los cuerpos que de las almas, y que fácilmente se subyuga á un enemigo ganando primero su voluntad. En efecto: ¿no se advierte cuánto es el apego tenaz que los pueblos tienen á sus costumbres aun las

mas indiferentes; que los siglos pasan sin borrarlas, y que cuando por medio de las leyes se trata de hacer innovaciones no se consigue casi siempre sino provocar en el seno de los Estados profundos sacudimientos?

Empero la cruz no iba simplemente, por medio de sus pacíficos soldados, á obrar la sustitucion de algunas vanas prácticas: tratábase, pues, de renovar en su fondo todo el mundo, de trastornar todas las religiones. así como la filosofía y la política: tratábase nada menos de prescribir á las naciones el que quemasen lo que hasta entonces habian adorado, para que adorasen lo que antes habian quemado. ¡Cuál seria el grandor del muro que levantaria la fuerza de inercia por todas las causas que hemos dicho; y cuál seria la resistencia que ofreceria en todos los corazones, en todos los entendimientos y voluntades para oponerse á los gigantescos desig-nios de la cruz! Sin embargo, ¿cuándo fueron vencidos con mas facilidad unos obstáculos tan grandes? ¿cuándo se ha visto una victoria mas prodigiosa? Apenas Pedro, el ignorante pescador, abre sus labios y anuncia la verdad al pueblo de Jerusalem, cuando millares de sus oidores se sienten compungidos y se convierten á la cruz. Todo se conmueve á la voz de los obreros evangélicos; y el número de los fieles crece de dia á dia. Casi á un mismo tiempo Jerusalem, Antioquía, Aténas y Roma se estremecen al nombre de Jesucristo: por todas partes se fundan iglesias, y se ve á una muchedumbre de hombres precipitarse ardorosamente á las prácticas de la penitencia, de la misma manera que antes se habian entregado á los placeres. Nada los detiene ni hace retroceder para seguir la voz de Jesucristo que los llama; y saben desafiar por causa de la fé naciente, todo género de suplicios y de muerte. ¡El mundo se admira de verse cristiano en tan breve tiempo!

Ved, pues, cómo la cruz, tomando su punto de apoyo en Dios, y semejante á la soñada palanca de Arquímedes, conmovió con un solo impulso la fuerza de inercia de nuestra na-

turalaleza, imprimiéndole á toda la humanidad un impulso que jamas habia sentido; impulso tan impetuoso, que despues de diez y ocho siglos, y á pesar de los desesperados esfuerzos que se han hecho, no se puede detener el movimiento; ó mejor dicho, no se puede ni atenuar.

CAPITULO XXV.

Luchas de la cruz contra el tiempo y el espacio.

Entretanto que la naturaleza animada, inteligente y sensible ponía en juego todas sus fuerzas contra los soldados de la cruz, estos encontraban en la naturaleza inanimada obstáculos contra los cuales se habia estrellado hasta entonces todo el poder humano, y que sin el poder divino, siempre habrian sido insuperables. Habiales dicho Jesucristo á sus apóstoles: "Id á enseñar á todas las naciones, y predicad el Evangelio á toda criatura." Esto es; vuestra mision no se limita á una ciudad, á un pueblo, á una nacion; no se estiende á los hombres de hoy ó de mañana: esa mision no reconoce otros límites que los del mundo, ni otro fin que el de los siglos: vais á subyugar todo el espacio terrestre, y vuestra voz llenará la inmensidad de los tiempos hasta que se pierda en el seno de lo indefinido la sucesion de nuestros dias.

"Sin remontarnos hasta Nemrod, Nino y Sesostris, dice el P. Lacordaire, mucho tiempo hacia que los reyes acariciaban este pensamiento; y que á ejemplo de Nabucodonosor, reunian á sus generales y favoritos en el gabinete secreto para declararles que tenian la intencion de dominar todo el universo. Pero tambien hacia tiempo que esos sueños de gigantes desaparecian en presencia de la realidad."¹ ¡Gran diferencia hay entre el hombre y el Ser soberano, que en todas

¹ Conferencias, tomo 11, pág. 258.